

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 23 POR DEFENDER A UNA MUJER 15 cts.



...respondimos con igual denuedo, y así pasaron las horas de aquella noche...

POR DEFENDER A UNA MUJER

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Clases», Via Layetana, 53.- Barcelona)

I

La vista de aquella causa había despertado un grandísimo interés en muchas docenas de millas a la redonda. Así, por ejemplo, desde las primeras horas de la mañana de aquel día habían acudido a la pequeña ciudad del Oeste en que funcionaba el tribunal que había de condenar o absolver al acusado, centenares de personas que nunca la visitaran, provenientes de lejanos ranchos.

Porque la fama del acusado era de esas que hacen hablar de quien la posee con admiración y elogio a cuantas personas de su raza conocen sus proezas.

Tratábase de uno de los *cow-boys*, en el más amplio y magnífico significado que suele darse a este vocablo, que habían nacido y crecido bajo el cielo del Oeste.

Y con ello entenderán nuestros lectores que el personaje primordial de nuestro relato manejaba el lazo y el cuchillo y el revólver con una maestría sin par; que no tenía rival para domar y conducir un potro salvaje y que estaba habituado a luchar con denodada bravura contra las fieras y contra los hombres.

¿Qué delito le había hecho caer en poder de la justicia y poner, al cabo de un breve período de encierro, su vida en peligro?

Vamos a decirlo en breves palabras.

Wyoming, éste era el apodo con que se conocía al preso, había matado... por defender a una mujer.

Referidos estos antecedentes, penetremos en la ancha sala donde va a dar comienzo la vista.

En el estrado, sentados a una mesa, se hallan los jueces, de cuya inteligencia y corazón dependen la libertad y la vida del hombre joven y de arrogante figura, y serena e impávida actitud que, enfrente de ellos, ocupa el banquillo de los acusados, custodiado por dos agentes de la autoridad.

A la izquierda del tribunal, en un largo banco, se ven varios testigos cuyas declaraciones tanta influencia pueden tener en el destino del preso.

De esas declaraciones depende tal vez el que un hombre vigoroso, valiente y enérgico salga de allí camino de la muerte o recobre la libertad.

En el sitio destinado al público se apiña una compacta muchedumbre, cuyo interés y emoción los revela el profundo silencio que guarda.

De pronto el presidente del tribunal, con voz solemne y grave, anunció que iba a dar comienzo la causa instruida contra Wyoming y, a

continuación, dirigiendo su escudriñadora y severa mirada hacia el grupo de testigos, llama:

— ¡John Wird!

— ¡Presente! — responde una voz segura, y al mismo tiempo, se destaca una silueta de elevada estatura y corpulenta.

Es un hombre de unos cincuenta años, cuya cabeza aparece cubierta por abundantes cabellos blancos como la nieve.

— ¿Está usted dispuesto a declarar lo que sabe sobre el acusado, tanto si le favorece como si le perjudica, con arreglo a la más escrupulosa verdad?

— Sí, señor.

— ¡Comience usted!

Entre el público circula un confuso murmullo de impaciencia que cesa apenas en la sala resuenan las primeras palabras del declarante.

— A este hombre le conocimos en la llamada *Heperca del Diablo*, situada cerca de la frontera mejicana; en aquel apartado y solitario paraje tenuísimos establecido nuestro campamento...

— ¿No había hablado usted, no la había usted visto, por lo tanto, antes? — inquirió el juez.

— ¡Nunca! — aseguró Wird—. La casualidad deparó aquel encuentro, pues en las abruptas montañas donde salió a nuestro paso, es fácil topar con un puma, con un jaguar o otra fiera semejante, pero no con un hombre...

«Su aspecto infundía recelo, ya que miedo un buen hijo del Oeste, provisto de un rifle y de revólver, no puede tenerlo jamás. Parecía

un salvaje que hubiese logrado permanecer oculto en la espesura de aquellas selvas años y años sin conocer ni desear el trato de las gentes civilizadas.

«— ¿Quién eres? — le pregunté.

«— ¡Un hombre de vuestra misma raza, aunque mi apariencia es haga creer otra cosa! — respondió—. Pero en cuanto me quite las enmarañadas barbas que casi ocultan mi rostro, y la pelambre que adorna mi cabeza, y además me aseo un poco, os convenceréis de que pertenezco a vuestra casta...

«— ¿Qué hacías por aquí?

«Esta pregunta quedó sin respuesta.

«— ¿Por qué no contestas? — insistí.

«Entonces ese hombre declaró:

«— Yo no digo nunca lo que no quiero decir... Por lo demás, a un hijo del Oeste no se le debe preguntar quién es y adónde va...

«— Sin embargo, forzoso será que nos digas algo respecto a tu persona, si es que deseas nuestra ayuda y nuestra amistad...

«Encosados de hombros nuestro desconocido y exclamó con acento de mofa:

«— ¡Amistad! ¡Esa es una hermosísima flor que ya no crece en el mundo de los hombres! ¡No ofrezcáis, pues, lo que no podéis dar!

«Sin darme tiempo a decir una palabra, Wyoming añadió:

«— En cuanto a vuestra ayuda la acepto a cambio de trabajo... ¿Podéis proporcionar alguna ocupación a un hombre joven, voluntarioso y fuerte?

«—¡Ya lo creo! Precisamente nos falta gente que quiera trabajar y si no te asustan los peligros, » poses un corazón esforzado y bien templado, la ocupación que te encomendaré te será muy lucrativa.

«—¡Contadme a vuestras órdenes!—fué la respuesta que obtuve mi oferta.

«Lo invité a seguirme, y al cabo de una media hora de marcha llegamos a nuestro campamento.

«—¿Tienes apetito? — le pregunté.

«—¡Tengo más hambre que un puma que durante dos días no hubiese cazado presa alguna!

«Y, en efecto, así era; lo demostró cumplidamente devorando una pierna de cordero asada con una rapidez asombrosa...

«Quise ofrecerle otro alimento, pero él rehusó diciendo:

«—Ahora ya he comido lo bastante para recobrar las fuerzas... Lo que necesito es arreglarme, adecentarme, dejar este desastroso y asustador aspecto de salvaje que ofrezco...

«Le indiqué un aposento en el cual hallaría cuantos útiles podían hacerle falta para cumplir su deseo... y un cuarto de hora después comparecía ante nosotros, causándonos su transformación profundo asombro...

«No parecía él mismo...

«En aquel momento se reunió a nosotros un compañero, diciendo:

«—¡Ese potro no hay quien lo cabalque sin peligro de romperse la crisma!



...Llegó a nuestros oídos el ruido de numerosas detenciones.

«Ese hombre—y extendió la mano diestra hacia el acusado—dijo entonces:

«—¡Yo cabalgo y domo ese corcel sin correr ni sombra de peligro! ¡Llebadme donde esté!

«Salimos fuera y unos momentos después el misterioso personaje demostró que era el caballista más consumado y experto que puede existir en el inmenso país del Oeste.

«Cuando la noche comenzó a envolver la tierra en su manto de tinieblas, el fiero y salvaje potro obedecía sumiso y fiel la voz de su jinete.

«Entonces decidimos retirarnos a descansar, y yo le ofrecí mi propia cama al nuevo compañero...

«—Agradezco con toda mi alma vuestro ofrecimiento... pero no lo acepto... Estoy habituado a pasar las noches a la intemperie y la que se nos ocha encima será una más...

«—Pero... tanto tiempo hace que no vivas bajo techo y solitario...

«Sonrió con cierta amargura ese hombre, y luego respondió con acento sombrío:

«—Sí, mucho tiempo hace que vi-

vo como un maldito... ¿A qué negario? ¡Pero eso no le interesa a nadie más que a mí! ¡Hasta mañana! Al rayar el alba me tendréis a vuestras órdenes dispuesto a trabajar... y si durante esta noche que comienza me necesitarais, por un motivo u otro, no tenéis más que gritar: ¡Wyoming!, en la seguridad de que yo he de oírlos y acudir a vuestro lado...

«Pronunciadas estas palabras se marchó, dejándonos a todos confusos, recelosos e intrigados.

«—¡No sé por qué ese hombre me hace pensar—supuso uno de mis amigos—en que forma parte de la siniestra pandilla capitaneada por Hawkins!

«—Podría ser verdad lo que tú supones—declaré yo—, pero es lo cierto que ese mozo no tiene fama de bandido.

...

«Sin embargo—prosiguió declarando Wird en medio del más completo silencio—, la idea de que resultara cierta la suposición de mi compañero no me dejó vivir un momento de sosiego...

«Todos conocen la audacia y la crueldad que empleaban Hawkins y sus hombres para realizar las hazañas que tan triste fama les han dado a todos.

«Y en aquella ocasión el peligro de ser víctima de una de las fechorías de aquel execrable forajido, era tanto más de temer porque equivalía a mi ruina, a mi pobreza y tal vez a mi deshonra.

«Habíamos acampado en las cer-

cánias de la *Represa del Diablo*, esperando la llegada de una numerosa partida de ganado, cuyo valor era más crecido que toda mi fortuna.

«Si el andaz y formidable Hawkins lograba robarme aquella riqueza, mi ruina y perdición eran seguras...

«He aquí, pues, que vigilé y observé a ese hombre—aludiendo al río—con una atención y un recelo crecientes a partir del día siguiente al de su llegada...

«Pero no observaba ni en sus actos ni en sus palabras nada alarmante ni peligroso... Desplegaba una actividad febril, trabajaba con ardor infatigable todo el día, sin que jamás demostrara la más leve señal de cansancio...

«Cuatro días después, cuando ya no faltaban más que dos para que los *cow-boys* encargados de traerme el ganado llegasen al lugar donde yo los esperaba, vi llegar a un personaje extraño a nuestro campamento.

«Era un policía de la caballería americana...

«Me apresuré a salir a su encuentro y le pregunté:

«—¿Qué noticias trae usted, señor policía? ¿Malas, verdad?

«—¿En qué lo conoce usted?—inquirió a su vez aquel auxiliar de la justicia.

«—No sé cómo decirlo! ¡Pero tiene usted cara de pocos amigos, como se dice vulgarmente! ¿Ha pasado algo?

«—¡Sí, amigo Wird! ¡Vengo a avisarle a usted de un peligro!... ¡El siguiente! ¡Probablemente serán usted y sus hombres atacados por la horda de hribones que acaudilla Hawkins!

«—¡Le doy las gracias!—respon-

di—. Se adoptarán las medidas oportunas. ¿Dicen que hombre provido vale por dos, y aquí somos unos cuantos que no nos importa jugarlos la vida por un ardite?

«—Por mi parte — prometió el hombre de la justicia—, yo le aseguro hacer todo lo posible para acabar con esa gaviilla de ladrones... Lo malo es que no se sabe nunca con certeza dónde hallarla y exterminarla...

...

«En aquel momento se presentó uno de mis más valerosos y expertos *cow-boys* y le dije:

«—Este caballero se llama Mc Cloud, pertenece a la justicia y ha venido a avisarnos de que la cuadrilla de Hawkins intenta atacarnos...

«El recién llegado hizo un gesto de colera y exclamó:

«—¡Mil rayos! ¿Que vengan cuando quieran ese hulo de facinerosos! ¿Serán recibidos a tiro limpio!

«—Avisa a todos tus compañeros, sobre todo a Wyoming—ordenó—. Es preciso que cada cual sople el peligro que lo acecha, para que se aleje de aquí, si tiene miedo, o se quede...

«No creo que nos abandone ni uno solo de los compañeros. En cuanto a Wyoming, cuando vió acercarse a este representante de la justicia, con gran extrañeza de mi parte se alejó, como quien huye, desapareciendo en el espeso bosque situado a media milla de aquí.

«—¡Hola, hola! — exclamó Mc Cloud—. ¿Y qué motivos tiene ese

tal Wyoming para ocultarse? ¿Por qué teme mi presencia? ¿Lo sabe usted, amigo Wirt?

«—¡No lo sé, ni es de mi incumbencia averiguarlo! — respondió—. Sin embargo, debo declarar que se trata de un muchacho trabajador, serio y respetuoso...

«El hombre de la policía encogióse de hombros, y luego de unos segundos de sombría meditación, preguntó:

«—¿Cuánto tiempo podrían resistir ustedes en caso de ser atacados?

«—Con los cartuchos y el tabaco para mascar que disponemos, no nos sería muy penoso el resistir unos tres días...

«—¡Entonces, yo creo que antes que expiren esos tres días, llegarán aquí refuerzos que ajustarán las cuentas a la cuadrilla de Hawkins! Todo depende de que yo pueda burlar la vigilancia de esos bandidos y burlar el cerco que a estas horas ya han establecido... ¡Pronto saldré de dudas! ¡Hasta la vista, amigos!

«Campochano y valiente, Mc Cloud se alejó de nuestro campamento. Cuando su silueta desapareció tras una pequeña loma al otro lado de la cual sin duda se hallaban apostados unos cuantos bandidos, llegó a nuestros oídos el ruido de numerosas detonaciones.

«Ya no era posible dudar. Nuestra situación no podía ser mas grave y crítica.

...

«Momentos después apareció Wyoming, al que le enteramos del

terrible trance en que nos hallábamos...

«El me escuchó con una serenidad y despreocupación verdaderamente desconcertantes, y de pronto preguntó:

«—¿Cómo se llamaba el hombre que ha estado aquí?

«—¡Mc Cloud! ¿Le conoces?

«—Sí...

«Y añadió, dejándose estupefacto:

«—¡Si ese hombre me hubiera visto, me habría defendido en nombre de la ley!

«Desgraciadamente para él, ya no podrá cumplir con ese deber y protegerme, porque lo han herido o lo han matado los bandidos al intentar pasar el sitio con que nos cercan a nosotros... ¡Es preciso, por lo tanto, acudir en su auxilio, y salvarlo, si hay salvación para él!

«¿Quién de vosotros quiere acompañarme?

«Semejante rasgo de nobleza y de bravura por parte de Wyoming, ofreciéndose a acudir en auxilio de un hombre, poniendo en peligro su propia vida, y de un hombre hacia el que debía sentir cierto aborrecimiento, aumentó el afecto y la admiración que ya le teníamos.

«Varios de mis hombres contestaron con ardoroso entusiasmo:

«—¡Yo!

«Entonces dijo:

«—¡Escuchadme! Os aseguro que la vida de cualquiera de vosotros vale más para mí que todo el ganado que existe bajo el cielo del Oeste... por lo tanto, no os expondré a ninguno a perderla por defender mis bienes... ¡Pero ahora se trata de salvar a un semejante... y ante ese deber de humanidad cual-

quier sacrificio me parece pequeño!...

«No es necesario que vayamos todos en busca y socorro del pobre Mc Cloud; no es tampoco prudente, pues cuantos más fuésemos, más fácil les sería a los bandidos de Hawkins el vernos y atacarnos... Bastará con que vayamos Wyoming y yo... Así no llamaremos tanto la atención.

«¡En tanto vosotros tened preparado todo lo necesario para atender y cuidar a un herido!...

«Unos momentos después Wyoming y yo salíamos afuera y, a ras-tras como reptiles, seguíamos el mismo camino que una hora antes recorriera Mc Cloud.

Wyoming iba en primer término, en la diestra el revólver.

«—¡Nos han visto! —dijo de pronto y disparó. A la detonación hizo eco un alarido de rabia y de dolor—. ¡He enviado a los infiernos a un bribón! ¡Que el diablo le reserve la caldera más hirviente y sulfurosa!

«Corlo fué el trecho que hubimos de recorrer para divisar, tendido en tierra, inmóvil como un muerto, al desgraciado Mc Cloud. Pero en tan exiguo trecho, estuvimos lo menos diez veces en peligro de ser atravesados por las balas que nos enviaban los bandidos, desparatados y ocultos tras unos peñascales lejanos...

«Wyoming, con una fuerza que parecía increíble en un hombre, consiguió trasladar al policía a un



Mary Greville ante el tribunal.

sitio algo resguardado de las balau de los forajidos, y apenas lo examinó, afirmó con alegría:

POR DEFENDER A UNA MUJER

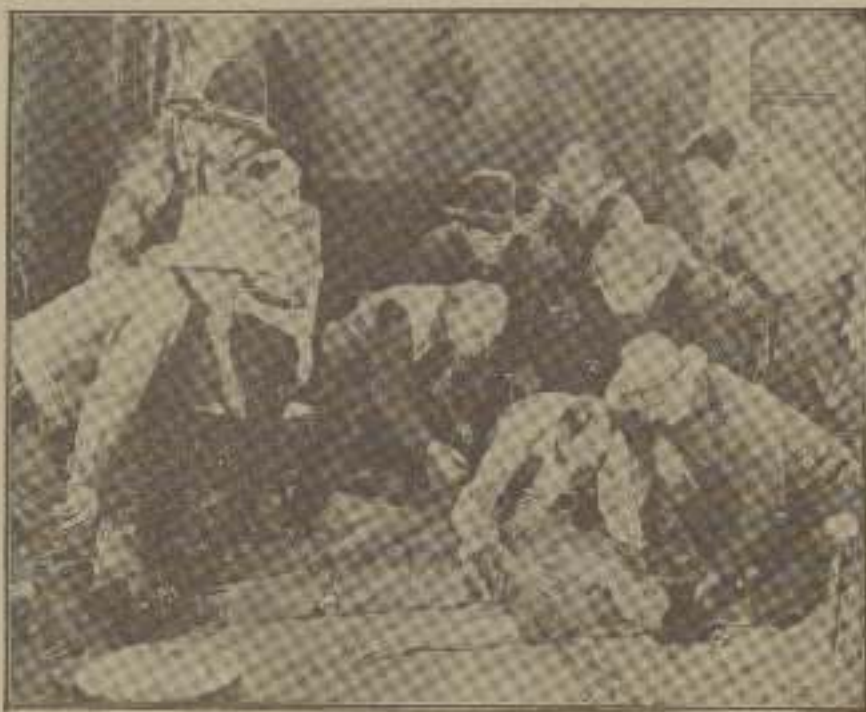
Emocionante film interpretado por los famosos artistas

BUFFALO BILL

ALMA RAYFORD

«— ¡Vive todavía y quizás podremos salvarlo!

«Al mismo tiempo hamedeció los labios del herido con un poco de ron que contenía su cantimplora, y



... curó al herido con una rapidez y un acierto propios de un médico.



aquél, abriendo los ojos, exclamó, angustiado:

— ¡Crawford! ¡Me has asesinado! ¡Miserable! ¡Te vengas porque te persigo... y...!

—... Que sea, pues, la suerte quién elija a su favorito en esta ocasión.

«Yo intervine, percatándome del funesto error que padecía.



Pero ahora se trata de salvar a un semejante...

«—¡No, Mc Cloud! ¡Este hombre es su salvador, no su asesino!

«Entonces los ojos del policía asumieron una expresión de asombro

y de gratitud y se carraron mientras una leve y suave sonrisa resplandecía en sus pálidas y lividas facciones.

II

El declarante hizo una pausa, durante la cual se iniciaron entre el numeroso y emocionado auditorio que escuchara sus palabras con religioso silencio, apasionados comentarios.

En cuanto al acusado, continuaba en su actitud indiferente e inmóvil, pareciendo que no existiera nada en el mundo que le interesara y conmoviera.

El presidente agitó la campanilla y en seguida cesó el confuso y denso rumor producido por las conversaciones.

Luego dijo con ese acento peculiar de quien está acostumbrado a mandar y ser obedecido:

—¡Prosiga usted su relato, John Wied!

Este lo reanudó así:

—Fué el mismo Wyoming quien una vez llegado al campamento curó al herido con una rapidez y un acierto propios de un experto médico.

«Cuando Mc Cloud volvió a abrir los ojos, recobrando la noción de la realidad, exclamó:

«—Crawford, te has portado conmigo de un modo valeroso y noble...

«—¡Llámenme usted Wyoming, pues con este nombre me conocen cuantas personas nos ven y oyen...

«—¡Sea como quieras! ¡Nunca

habría imaginado que fueses tan experto enfermero!

«Sonrióse Wyoming y repuso:

«—Pues ahora, cuando le extraiga la bala que le alojaron en su cuerpo aquellos malditos, se asombrará usted más, convenciéndose de que soy un cirujano perfecto...

«Y en efecto: con una pericia que nos dejó a todos turbados, ese hombre tan bravo como abnegado que ocupa un asiento de afrenta y de ignominia...

...

Estas palabras produjeron en el público una pequeña tempestad de gritos y aplausos. Algunos vitorearon a Wyoming: otros pidieron con voz ronca su inmediata libertad, y tan clamoroso fué el tumulto que durante unos minutos reinó en la vasta sala, que nadie oyó la encofrizada voz del presidente ordenando silencio y amenazando con desalojar la tribuna pública, ni sus violentos campanillazos.

Fué necesario que varios agentes de la autoridad se acercasen a la multitud, estardocida y frenética, gritando con voz de trueno:

—¡Silencio, o a la calle!

Gradualmente fue restableciéndose el orden y Wird pudo continuar su interesante y verídica declaración del modo siguiente:

—Mc Cloud, apenas le fué extraída la bala, experimentó una repentina mejoría, un alivio visible, y con voz algo más fuerte que antes, confesó:

—Nunca habría imaginado, Wyoming, que fueses capaz de practicar una cura tan difícil... y, sobre todo, que quisieras salvarme a mí, que te he perseguido con tanta saña...

—He cumplido con un deber humanitario y de gratitud—respondió Wyoming con sencillez—. ¡Usted resultó herido por salvarnos a todos! ¡No era justo que nosotros acudiéramos en su auxilio?

—Mc Cloud, meneando la cabeza, murmuró:

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima!

Luego cerró los labios, sin acabar de expresar su pensamiento, aclarando el misterio que envolvía al indomable y temerario Wyoming...

«Todos nos preguntábamos qué podía haber hecho un hombre dotado de tan hermosa naturaleza para atraerse el duro y terrible castigo del Código Penal...

«Pusimos al herido en un sitio apartado, hasta el que era difícil llegar, una bala de las que nos enviaban los banditos y nos preparamos después a responder el ataque de éstos...

«Pero en vano esperamos, atormentados por la ansiedad y la impaciencia, todo el día... Durante aquellas interminables, angustiosas y terribles horas ni uno solo de los banditos de Rawskias asomó su siniestra estirada ni percibimos un solo disparo!

«¿Habían desistido de atacarnos?

«Esta conjetura la desvaneció Wyoming, diciendo con una sagacidad admirable:

«—¡No creáis tal cosa! Si esa horda de infames y cobardes forajidos nos dejan tranquilos por ahora es porque tienen descontada la victoria, sin arriesgar la vida de uno solo de ellos, sitiándonos por hambre...

«Esta perspectiva, la idea de padecer los horrores del hambre y de la sed, nos parecía a todos sencillamente espantosa. Todos preferíamos cien veces la lucha, un juego terrible y encarnizado que nos diera el triunfo o la muerte...

«Echando fuego por los ojos, Wyoming añadió:

«¡Pero no se saldrán con la suya! Y para frustrar los propósitos de esos canallas, es preciso que uno de nosotros, rompiendo el cerco, vaya en busca de socorro...

«Pudieron varios los que se ofrecieron instantáneamente...

«—¡Vamos a elegir con tino y razonablemente!—propuso Wyoming.

«Como la empresa que se ha de llevar a cabo es tan peligrosa que casi equivale a una muerte cierta, no puede tomar parte en ella ninguno de vosotros que tenga padres ancianos, esposa e hijos, en una palabra, seres débiles y muy queridos que lo quieran y lo necesiten...

«Por lo tanto, usted mismo, Wird, señale a los que se hallan en esas condiciones.

«Obedecí y de todos cuantos nos hallábamos allí, sólo un mozo, llamado Shorty, podía cumplir la peligrosa misión.

«Wyoming hizo un gesto de contrariedad y con voz algo insegura por la emoción preguntó:

—¿De veras, querido Shorty, no

tierras en el mundo nadie que se interese por tu vida...

«—¡Nadie!— respondió aquél—. Por lo tanto, si te encuentras en iguales condiciones, podemos ser los dos quien realicemos esa proeza...

«—¿Los dos? No es necesario ni conveniente. Uno solo podrá burlar más fácilmente el cerco de la cuadrilla de Hawkins... Que sea, pues, la suerte quien elija a su favorito en esta ocasión. ¿Tenéis aquí unos naipes?

«Disponía yo de una baraja y me apresuré a ponerla en manos de Wyoming.

Cogió éste las cartas, las barajó con agilidad y luego dijo:

«—Al que le toque el as de espadas, irá en busca de auxilio... ¡Corra, Shorty!

...

«Unos instantes después con una alegría tan honda como sincera, exclamaba el temerario mozo:

«—Yo soy el favorito! ¡En marcha! ¡Adiós, amigos!

«Nos tendió a todos su mano fuerte y leal.

«—Wyoming—le dije—, si salgo de aquí con vida, sabré recompensar debidamente tu sacrificio y tu arrojo... ¡Que Dios te proteja y te ayude!

«—¡Así lo espero yo! Pero si mi mala estrella me deparase un perenne funesto; si en mi destino estuviese ya dispuesto que no hemos de volvernos a ver, tened la certeza de que manará de mi corazón, hasta el último latido, la más dulce gra-

titud hacia vosotros porque no me habéis ultrajado con sospechas deshonrosas, molestado con preguntas y me habéis llamado amigo vuestro, a pesar de saber que soy un perseguido por la justicia...

«Esto es un don que no sabréis cuánto vale y cómo lo agradece un corazón noble mientras no conocáis mis sufrimientos al tener que vivir como una fiera, vagando por bosques y montañas, hambriento y desesperado, siempre temeroso, de día porque descubre, de noche porque nada se ve, meses y meses sin oír una voz humana.

«Pero que nadie se afrente por haberme estrechado la mano y brindado su afecto y amistad... porque si me persigue la ley es por haber dado muerte a un hombre, *deteniendo a una mujer*.

«¡Sí, amigos! Por defender a una mujer, soberanamente hermosa y más buena aún que hermosa, por defender a una mujer adorada por mí con idolatría, con un amor eterno y firme, con un amor sin recompensa, con un amor que jamás se verá correspondido, la justicia me persigue... Y yo es juro, que su castigo no sería más cruel y duro que el que yo soporto viviendo...

«¡Olvidadme, amigos!

«Pronunciadas estas palabras, que a todos nos dejaron transidos de emoción, Wyoming saltó como una flecha...

«Que cada cual—ordené yo con voz solemne—eleve al cielo una oración, si sabe orar, para que ese valiente salga ileso de su temeraria empresa...

«Para ir solo al encuentro de la muerte—afirmó Shorty—, hizo trampa con los naipes. Si yo supiese rezar... Pero no sé. Nadie me ha enseñado más que a perseguir

y cazar caballos y a tirar al blanco y barrar terneros...

«Así por el estilo se expresaron aquellos rudos y valientes hijos del desierto que me rodeaban, por lo cual yo propuse:

«—¡No importa que no sepáis re-

var! El buen Dios se hará cargo de nuestras ardientes súplicas y las atenderá... Pedidlo, pues, desde lo más profundo de vuestros corazones, que proteja a Wyoming con su poderoso brazo y lo haga volver sano y salvo a nuestro lado...

III

—Sin duda nuestros ruegos, llegando al trono de Dios, fueron atendidos, pues de lo contrario ese hombre habría sacumbido sin poder cumplir su heroica misión...

«Apenas cerró la noche, los bandidos comenzaron a disparar contra nosotros... Tan nutrido era el fuego que parecíamos emplear artillería...

«Por nuestra parte respondimos con igual denuedo, y así pasaron las terribles horas de aquella noche que ninguno de nosotros olvidará aunque viviese cien años...

«Afortunadamente las primeras luces del amanecer nos sorprendieron a todos completamente ileso.

«¿Se habría salvado Wyoming? ¿Recibiríamos pronto ayuda? Veniría en nuestro auxilio la caballería americana, avisada por nuestro valeroso mensajero?

«Estas eran las preguntas que como saetas cruzaban mi mente sin interrupción.

«Las municiones escaseaban; tan sólo podrían durarnos, aborrándolas mucho, hasta el atardecer de aquel día... Y si los bandidos de Hawkins llegaban a barruntar que nos hallábamos poco menos que indefensos, agotados del todo las municiones, entonces... Pero esa pers-

pectiva no llegó a confirmarse... A media tarde cesó el fuego de nuestros enemigos, y pronto averiguamos a qué era debido...



Prontorizadas estas palabras, Wyoming salió como una flecha...

«Este hombre indomable—exclamó John Wirt extendiendo ambos brazos hacia el acusado—, este heroico hijo del Oeste había llevado a cabo su hazaña...

«La caballería americana acudió en nuestro socorro, poniedo en fuga a la cuadrilla de Hawkins!

«¡Estábamos salvados!

«¡Wyoming! ¡Hombre valiente y leal, gracias con toda mi alma! Un rugido de entusiasmo resonó

en la sala. Cincuenta bocas a la vez gritaron:

—¡Libertad! ¡Libertad para el preso!

Difícil fué restablecer el orden.

Por fin se hizo un silencio tan completo, que habriase podido percibir el zumbido de una mosca. Wyoming acababa de ponerse en pie, erguida su magnífica y poderosa figura, haciendo ademán de querer hablar.

Se le vió salir de su indiferencia e impasibilidad.

—¿Acusado, tienes algo que declarar?—preguntó el juez.

—Sí. Tengo que declarar que obré en defensa de una mujer...

—¿Revela su nombre?

—¡Jamás pronunciarán mis labios el nombre de aquella excelsa criatura—repuso Wyoming con un fuego y una energía inenarrables—exponiendo a que caiga sobre su vida sin tacha una ola de cieño y de vergüenza!

—Tan terca obstinación, acusado, te perjudica! La justicia sabe que cometiste un homicidio... ¡Tú afirmas que defendiste a una mujer! ¿Quién es? ¿Dónde está?

En aquel momento un agente de la autoridad entró en la sala y luego de pedir permiso, acercóse al tribunal entregando a su presidente una tarjeta.

Muy impresionante debió ser la lectura que contenía aquel trozo de cartulina, pues el juez, con una agitación visible, dijo:

—¡Acompáñela usted en seguida!

Entre el público, y también en el

propio acusado, el interés suscitado por este incidente no es para des-
crito.

Todas las miradas estaban fijas en la puerta por la cual acababa de salir el agente de la justicia, con una intensa ansiedad.

Y cuando volvió a aparecer, escoltando a una mujer cuyo rostro ocultaba un denso velo negro, pareció que público, testigos, acusado y jueces fuesen sacudidos por una violenta corriente eléctrica.

Con andar seguro y majestuoso la mujer del velo negro llegó al centro del espacio que mediaba entre el banquillo del acusado y la mesa del tribunal y se detuvo.

En medio de un silencio religioso, se oyó preguntar la voz del juez entre severa y afable:

—¿Quién es usted, señora?

Lentamente la enigmática mano de la recién llegada quitóse el velo, dejando al descubierto el rostro de mujer más bello que puedan admirar ojos humanos.

—¡Me llamo Mary Greville!

—¿Y se ha presentado usted ante este tribunal para hacer declaraciones que faciliten la tarea siempre angusta de la justicia?

—Eso es, en efecto—repuso la bellísima mujer con voz firme y dulce a la vez—, el anhelo más ferviente de mi corazón y de mi alma!

—¿Sus declaraciones se relacionan con el acusado?

—¡Sí, señor juez!

—¿Le conoce a usted?

Resplandeció en el rostro angélico de la declarante una sonrisa indescriptible y afirmó:

—¡Lo conozco!

—¿Por lo tanto, conoce usted el delito que cometió?

—¡Sí, señor! ¡Sé que con su brazo dió muerte a... un malvado!...

—¡Ah! ¡Así, pues, usted también conocía a la víctima!

—¡Ciertamente! ¡Y que Dios haya perdonado su alma cenagosa e infame es lo que desea mi corazón!... Pero lo que mi corazón quiere es que la justicia de los hombres perdone al que le dió la muerte... por defender a una mujer...

—¡Señora—invitó el juez—, hable usted con la mayor claridad posible! ¿Por qué emplea esas palabras en defensa de un culpable y acusando a la víctima? ¿Quién es usted?

—Soy la mujer cuya vida, ¿qué digo?, cuya honra que vale más que

la vida, defendió ese hombre noble y valiente, abnegado y leal, de las zarpas de un miserable...

«¡Joe Crawford! —añadió con acento dulcísimo—. ¡Mírame! ¡Vengo a salvarle! ¡Vengo a ofrendarle mi corazón que te ama tan inmensamente como el tuyo me quiere a mí!

Lo que ocurrió después de estas palabras nadie lo sabe... El público pidió perdón para el reo... los jueces lo otorgaron y Mary Grville y Joe Crawford cambiaron allí mismo los primeros abrazos y besos de amor.

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

EL FANTASMA DEL RANCHO

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

- | | |
|---------------------------------|--------------------------------|
| 1. El huracán de Texas. | 12. El valiente. |
| 2. Contra viento y marea. | 13. El «Pirata del Desierto». |
| 3. El valle del misterio. | 14. El crimen ignorado. |
| 4. El rey de los jinetes. | 15. La ley del revólver. |
| 5. Los puños de Tom Tyler. | 16. El «Guapo del rancho K.» |
| 6. Los lobos del Far-West. | 17. Los falsificadores. |
| 7. La ley del tortazo. | 18. Un novio con buenos puños. |
| 8. El culpable. | 19. Veloz como el rayo. |
| 9. De señorito a vaquero. | 20. Perdido en el desierto. |
| 10. El «Gavilán de la Pradera». | 21. Los cuatreros. |
| 11. Ladrones de ganado. | 22. Tom y su cuadrilla. |

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Colección usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Londres, 188 BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI - Bonafort, 226. - Barcelona